

La conciencia es definida como el sentido moral del bien y el mal. Se supone que es la facultad humana mediante la cual los impulsos y las acciones son controlados y dirigidos de acuerdo con los principios morales establecidos.

Se cree también que actúa independientemente de las demás facultades del hombre y que a pesar de su individualidad ejerce una suprema autoridad sobre ellas. Que es la voz de Dios, y que es por lo tanto universalmente verdadera y siempre infalible. Ha sido concebida como la presencia de Dios en el alma.

Algunos ven en la conciencia un dictado magisterial y un juicio racional. El considerarla de esta forma es dividirla en un elemento superior congénito en el hombre, infalible y en un elemento inferior dependiente del acervo cultural individual y sujeta a equivocaciones en su operación. Estas consideraciones parecen innecesarias ya que están alejadas de la verdad. No existe ninguna facultad humana que sea infalible, como tampoco existe una conciencia universal que opere indefinidamente.

que quiero subrayar es que no debe darse tanta importancia a la obediencia de la propia conciencia sino a su educación. La razón es evidentemente susceptible de equivocarse sobre todo si está ofuscada por la emoción. En consecuencia deberemos tratar de educar la propia conciencia teniendo a la razón únicamente como base.

Respecto a la naturaleza de la conciencia quiero hacer las siguientes proposiciones: la conciencia no puede ser una facultad individual debido a que no puede estar aislada de las demás funciones de la mente; no es congénita, porque no se manifiesta a sí misma si no es cultivada; no puede ser infalible, porque se equivoca o contradice en la práctica; no es universal, debido a que mucha gente manifiesta frecuentemente no tenerla en absoluto y no puede ser un don divino en el sentido teológico porque puede rastrearse con facilidad su origen y desenvolvimiento social.

Es indudable que cada ser humano tiene una mente. Es probable por lo tanto que el germen de la concien-

las facultades tienen un común denominador. Cada una implica un acto de percepción, un juicio que requiere del proceso de la razón y del entusiasmo característico de la emoción. Distinguir la razón de la pasión es correcto, pero insistir en su individualidad es un sofisma.

Por medio de la razón juzgamos la responsabilidad moral de la gente. Y es por el mismo medio que debemos juzgar nuestra propia responsabilidad moral. Podemos decir que la conciencia es más bien una cuestión de razonamiento que una intuición.

Digo razonamiento porque muchas personas sostienen que la conciencia es una especie de percepción intuitiva, debido a la rapidez con que emite sus juicios morales. Esta rapidez del razonamiento débese a un hábito mental producido por la experiencia social.

En ocasiones y cuando hacemos algo que nos causa remordimiento escuchamos la voz de nuestra conciencia y la atribuimos a Dios. Pero cabe preguntarnos, ¿si no hubiera sido más sencillo para Dios supri-

TU CONCIENCIA

por W. H. Mackintosh

No hay necesidad por lo tanto de dividir en dos facultades distintas lo que es en conjunto y esencialmente una función mental. ¿Cómo puede ser infalible alguna parte de la conciencia, cuando deja de funcionar frecuentemente? Por otra parte el considerar la conciencia como un don del razonamiento es aceptar tanto sus aciertos como sus equivocaciones. La razón humana es ciertamente falible.

Se da el caso de que muchas personas, cuyas conciencias son muy sensitivas y en obediencia a sus dictados, cometen acciones que gente civilizada condenaría o se abstendría de ejecutarlas y que, sin embargo, son consideradas inofensivas por las primeras.

Esto último refuta claramente el argumento de que la conciencia es congénita, universal e infalible. Lo

cia exista en todos los hombres debido a su condición como función mental. Esto no contradice a lo anteriormente dicho respecto a la inexistencia en algunos hombres de la conciencia. La conciencia puede estar latente, aunque no se manifieste.

Insisto en que la conciencia no es una facultad independiente sino un elemento de la mente. Sus juicios son llamados juicios morales, pero no se diferencian como tales de los demás juicios mentales.

Es importante saber distinguir los elementos intelectuales de la mente de los emocionales; pero también percibir la unidad esencial de las diferentes facultades mentales. Existe una obvia diferencia entre el sentimiento del amor y el proceso que debe seguirse para resolver un problema matemático.

A pesar de estas diferencias todas

mir la maldad en el mundo y ahorrarse el trabajo de ser nuestra conciencia?

Pero ¿acaso necesitamos invocar a Dios para reconocer y lamentar nuestras faltas? ¿Qué no es el poder de la razón motivo suficiente para justificar esa facultad mediante la cual reconocemos nuestros errores?

Nuestras facultades o poderes mentales que operan cada uno de un modo peculiar, no son más que manifestaciones de la unidad fundamental de la mente. La facultad puede considerarse como una potencia particular de la mente. Representa la energía mental **encauzada** y dirigida hacia una meta específica que en nuestro caso sería el examen de las relaciones morales.

No es un poder extrínseco de la mente o una facultad superior a las demás. La conciencia existe en rela-

ción de la mente, no como algo externo y separado, sino como algo que es parte integral de la constitución mental de los seres humanos.

Un sinnúmero de personas sin educación ejecutan acciones sin ningún remordimiento, que otras más cultivadas y conscientes de las sutilezas existentes entre el bien y el mal condenarían. La razón de las primeras no está suficientemente desarrollada como para permitirles la percepción de la maldad, por ejemplo de la venganza personal.

La conciencia ignorante no ve la venganza como algo malo, sino que la considera como un derecho natural. En este caso la conciencia es cuestión de educación, no cuestión de una potencia superior o de una intervención divina.

Podemos encontrar en la historia del género humano ejemplos variadísimos para demostrar la relatividad de las ideas morales. Algunas prácticas que fueron consideradas en la antigüedad como naturales chocarían y aterrían hoy en día la conciencia del hombre verdaderamente civilizado.

Los sacrificios humanos para aplacar la ira de los dioses o quemar vivos a los herejes con el propósito de salvar sus almas son ejemplos de lo que se hacía en el pasado sin ningún remordimiento de conciencia.

En nuestra era estas prácticas serían consideradas como acciones crueles, bárbaras y malignas. Este cambio de actitud refleja la evolución, que debido a la experiencia social, ha tenido la conciencia.

Consideremos la esclavitud como una ilustración de cómo la conciencia ha evolucionado y mejorado bajo la influencia de los cambios en las condiciones sociales. En la antigüedad, los prisioneros de guerra eran invariablemente asesinados. Gradualmente, se fueron convenciendo y dando cuenta de que era más provechoso conservarlos en cautiverio que matarlos.

Este fue el origen de la esclavitud, una institución que por siglos fue considerada como natural. Algunos de los grandes filósofos la defendieron. Los fundadores y profetas de las religiones supuestamente universales se abstuvieron de condenarla.

Con el transcurso del tiempo se empezó a dudar de la calidad moral de la esclavitud, o sea el despojar de la libertad a un ser humano. Este sentimiento de incertidumbre respecto a la integridad de la esclavitud fue acentuado por el obvio perjuicio económico que ésta causaba en comparación con la contratación libre de trabajadores. Al final la conciencia cambió. Lo que era considerado como un estado común y natural fue rechazado y condenado finalmente como un estado maligno e inhumano.

Para resumir, diremos que la moralidad es relativa y que la conciencia es fundamentalmente un producto social. La conciencia no es una facultad simple sino compuesta, es una función mental que examina y determina las relaciones humanas. Es en cierto sentido una facultad emocional e intelectual; emocional, porque demostramos simpatía por los demás y tenemos miedo de que nos rechacen; intelectual, porque consiste en una percepción del bien o el mal, percepción condicionada por el grado de desenvolvimiento social que uno ha alcanzado.

**EL FACTOR PRINCIPAL PARA UNA
BUENA IMPRESION, ES EL PAPEL
LOS MEJORES PAPELES EN TODOS
LOS TIPOS Y CLASES LOS TIENE...**

MEX-PAPEL, S. A.

MARQUEZ STERLING No. 34-BIS

MEXICO, D. F.

**TELEFONO: 21-89-26
CON 3 LINEAS**

EL AMOR

El amor natural no está supeditado a los poderes del alma, sino que está en todas las partes del cuerpo y universalmente en todas las cosas, nos dice Sto. Tomás de Aquino y cita las palabras de Dionisio: "La belleza y la bondad son cosas que todos amamos".

Los poetas han hablado del amor metafóricamente al decir que es la fuerza creativa que engendra y renueva todas las cosas, y que es el poder que unifica todas las cosas en la paz, preservando así a la naturaleza de ser destruida por las devastadoras fuerzas del odio y la guerra. Las alusiones al amor se encuentran también en el lenguaje de las ciencias, como podemos apreciar en las palabras de Gibert al referirse al "amor del hierro por el imán". Por otra parte, los impulsos del amor son a menudo comparados con la atracción del magneto. Sin embargo, estas metáforas o comparaciones son raramente utilizadas para encubrir la ambigüedad de la palabra amor cuando es utilizada como un término de aplicación universal.

El amor entre el hombre y la mujer ha inspirado los grandes poemas contemporáneos del mundo. En cierto sentido cada gran amor es único en sí mismo, incomparable, incondicionado por el espacio o el tiempo. Cuando menos así lo estiman los amantes románticos, no obstante, aun para los que no lo son, existe una diferencia grandísima entre las relaciones de Paris y Helena en la *Iliada* y las del Príncipe Andrés y Natasha en *La Guerra y la Paz*, o las de Don Quijote y Dulcinea y las de Marco Antonio y Cleopatra, y así sucesivamente.

El analista sí puede establecer diferencias. Puede clasificar estos amores como conyugales o ilícitos, normales o perversos, infantiles o adultos, románticos o cristianos. Puede, además, agruparlos a pesar de su aparente diversidad y apartarlos de otras categorías de amor como son la amistad entre seres humanos sin diferencia de sexos, lazos familiares, tales como la paternidad, amor filial, fraternal, amor de sí mismo; amor al prójimo o a su país o a Dios, etc. Todos estos amores, junto con el amor entre el hombre y la mujer, son los sujetos de los grandes poemas románticos de nuestra época, los cuales están omnipresentes en cada vida humana.

La amistad de Aquiles y Patroclo domina la acción en la *Iliada*, más quizá, que la pasión de Paris por Helena. El amor de Hamlet por su padre y de otra forma por su madre, opaca su ternura por Ofelia. Don Quijote y Sancho Panza, Pantagruel y Panurgio parecen estar más estrechamente relacionados por la amistad que por el nudo de Cupido. El amor de Cordelia por el Rey Lear sobrepasa las ansias amorosas de Gonaril y Reagan. La visión de Roma borra la imagen de Dido del corazón de Eneas. Bruto dio su vida por Roma como Marco Antonio lo hizo por Cleopatra.

Ahora bien, el amor propio también tiene una importancia capital. Aquiles, Odiseo, Edipo, Macbeth y Fausto obraron impulsados por este amor, el cual está representado en su grado máximo en el casi infinito amor propio de Lucifer. Este amor, al que los psicoanalistas califican de Narcisismo, en su forma más extre-

ma, compete con cualquier otra clase de amor humano.

Sin embargo, el amor propio, como el amor sexual puede ser superado por el amor o compasión por los semejantes, lo que sería la caridad. Según Locke, el amor de uno mismo lleva necesariamente al amor del prójimo; y Dante considera que el amor propio debe estar primero y que éste nos llevará a amar a nuestros semejantes y luego a Dios. Del amor que profesa Dante por Virgilio y Beatriz, encarnaciones de la bondad, el autor asciende al último cielo en donde Dios se le es dado para amar.

El panorama del amor humano no está confinado a los grandes escritos de poesía o ficción. El mismo drama, con los mismos tipos de trama y carácter, las mismas complicaciones y catástrofes aparecen en las obras de historia y biografía. En las historias de amor relatadas por Herodoto, Plutarco, Tácito y Gibbon encontramos la misma gama de pasiones, ternuras, devoción, sacrificio, etc. En estos relatos, parece ser que los amores de pocos hombres impulsan y vivifican las vidas de los demás.

En sus *Diálogos*, Platón habla sobre el amor y la amistad, sin embargo, es más notorio el amor que le profesan sus discípulos y el mismo amor que el autor siente por la verdad y la sabiduría que sus mismas disertaciones. Montaigne puede parecer escueto y escéptico respecto de todas las cosas y moderado cuando se trata de las pasiones y sentimientos, pero su pasión se desborda cuando entra en acción Etienne de la Boetie. Maquiavelo, en su manual para tener éxito en el mundo señala que los que triunfan son los enamorados de las riquezas, la fama y el poder y que estos tres afectan directamente los sentimientos del hombre respecto de la verdad, la belleza y el bien.

Pascal parece expresar en sus *Meditaciones* un solo sentimiento. "El corazón tiene sus razones, que la razón no conoce. Lo experimentamos en miles de cosas. Yo pienso que el corazón ama por naturaleza al Ser universal y también a sí mismo"

San Agustín, un hombre que finalmente resolvió el conflicto de sus

afectos, "deja a su memoria vivir en el tormento de su desorden con el fin de arrepentirse de cada uno de los pecados cometidos en contra del amor divino". Escribe: "Y ¿Qué era lo que me deleitaba sino amar y ser amado? Pero en esto no guardaba yo el modo que debe haber en amarse las almas mutuamente, que son los límites claros y lustrosos a que se ha de ceñir la verdadera amistad; sino que levantándose nieblas y vapores del cenagal de mi concupiscencia y pubertad, anublaban y oscurecían mi corazón y espíritu de tal modo que, no discernía entre la clara serenidad del amor casto y la inquietud tenebrosa del amor impuro. Uno y otro hervían confusamente en mi corazón, y entre ambos arrebatában mi flaca edad, llevándola por unos precipicios de deseos desordenados y me sumergían en un piélago de maldades".

El mismo autor nos muestra las innumerables manifestaciones de la concupiscencia y avaricia en el amor propio y el deseo carnal. "Las halagüeñas delicias de la sensualidad incitan a que las amen; la pereza pretende tranquilidad y quietud; la superfluidad y lujo quieren tener el nombre de hartura y abundancia; la envidia solicita excelencias y singularidad, la prodigalidad y profusión aparentan y quieren ser un bosquejo de la liberalidad. En ningún otro libro, quizá excepto en la Biblia, encontramos tantos amores en pugna. El conflicto de estos sentimientos en la vida de este hombre tempestuoso, lleno de pasiones, pero también de una voluntad férrea, producen su libertad, su angustia, su servidumbre y serenidad.

En la Biblia, la historia de la humanidad está relatada en términos amorosos o más bien en términos que manifiestan la multiplicidad de los amores. Aquí encontramos cada una de las diferentes clases de amor; amor a Dios y al demonio, amor perverso e impuro, idolatría y amores vanos; cada deseo innatural, cada éxtasis del espíritu, cada lazo de amistad y fraternidad y todos los odios que el amor engendra.

Existen muchas clases diferentes de amor; difieren en objeto, tendencia y expresión, lo cual da origen al

problema de la unidad y orden dentro de la vida de cada individuo. ¿Puede un amor absorber o subordinar a todos los demás? ¿Acaso pueden diversos amores regir y gobernar el corazón? ¿Existe una jerarquía de los amores que los pueda armonizar a pesar de su diversidad?

En el **Simposio**, Platón nos habla de su jerarquía amorosa. Diotima, a la que Sócrates describe como su maestra en el arte de amar nos dice "que si un joven principia por amar una forma hermosa visible se percibirá prontamente que la belleza de una forma es del mismo género que la belleza de otra y por lo tanto es insensato no reconocer que la belleza en cada una de las formas es una y la misma para todas. Después disminuirá su violento amor por la forma individual para convertirse de amante de las bellas formas, en amante de la mente, ya que se convencerá que esta belleza es más honorable que la belleza superficial de la forma. De esta manera amará en seguida la belleza de las leyes e instituciones y después de esto sabrá apreciar y amar la belleza de las ciencias". Diotima acaba por decir que, "el verdadero amor principia con las bellezas de la tierra para luego seguir ascendiendo hasta llegar a amar la belleza absoluta".

Aristóteles también clasifica las diferentes clases de amor en su **Análisis sobre los tipos amistad** y en su **Ética**, considera la relación que tiene el amor propio con los otros amores.

Santo Tomás diferencia el amor pasional o instintivo del amor como acto de voluntad. Al primero le llama facultad concupiscible del apetito sensitivo y al segundo apetito racional o intelectual. De Aquino también hace otra notable diferencia entre el amor como tendencia natural y el amor como hábito sobrenatural. "En el amor natural, las cosas buscan lo que les conviene de acuerdo con su naturaleza. Cuando el amor sobrepasa las inclinaciones de la naturaleza lo hace por medio de una forma habitual aunada al poder natural, y este hábito de amar es la virtud de la caridad".

Freud nos dice que el origen del amor es el instinto sexual y que las diversas variedades de amor son sim-

plemente diferentes formas que toma el instinto carnal o líbido, según sean los objetos deseados. "El núcleo de lo que nosotros llamamos amor consiste naturalmente en el amor sexual, cuyo fin o propósito es la unión de los sexos. No separamos el amor propio del amor por los padres o los hijos, o la amistad del amor por la humanidad y la inclinación por objetos concretos de la devoción por las ideas abstractas. Todas estas tendencias son expresiones de las mismas actividades instintivas. Difieren del amor sexual solamente debido a que están apartadas o desviadas de su objetivo, no obstante siempre conservan rasgos característicos de su naturaleza original que las identifica. Según sea el amor sexual, reprimido o sublimado, sufre tales transformaciones; puede llegar al amor infantil o adulto, degradarse hasta la brutalidad sexual o humanizarse mediante inhibiciones y mezclarse con la ternura".

Todas estas clasificaciones y distinciones pertenecen a las teorías del amor humano. Pero también existen las teorías del amor hacia otras criaturas y a Dios. Tanto Darwin como Aristóteles consideraban el apareamiento de los animales y el cuidado que estos dispensan a sus pequeños, como una manifestación de la emoción del amor. Darwin, por ejemplo, nos dice que "es evidente que los animales asociados poseen un sentimiento de amor entre sí, el cual está ausente en los animales adultos gregarios".

Los teólogos identifican a Dios con el amor y ven en el amor que Dios se tiene a sí mismo y a sus criaturas, el principio no sólo de la creación, de la providencia y la salvación, sino también la medida de todos los demás amores, mediante los cuales las cosas creadas y especialmente el hombre, se acercan o alejan de El. San Juan escribe: "Carísimos, amémonos los unos a los otros, porque el amor procede de Dios. Y todo aquel que así ama, es hijo de Dios, y conoce a Dios. Quien no tiene este amor, no conoce a Dios, puesto que Dios es todo amor. En esto se demostró el amor de Dios hacia nosotros, en que Dios envió a su hijo



CHARLES DARWIN

unigénito al mundo, para que por él tengamos vida. Nadie vio jamás a Dios. Pero si nos amamos unos a otros por amor suyo Dios habita en nosotros y su amor es consumado en nosotros. Nosotros, asimismo, hemos conocido y creído en el amor que Dios nos tiene. Dios es amor; y el que permanece en el amor, en Dios permanece, y Dios en él".

En el universo moral de la **Divina Comedia**, el paraíso es el reino del amor, "luz pura, dice Beatriz, luz intelectual colmada de amor, de verdadero amor, lleno de gozo, gozo que trasciende toda dulzura. Ahí la cortesía prevalece entre los bienaventurados y reina únicamente la caridad". La visión de Dios es inseparable de la fruición del amor. La bondad, objeto de la voluntad está en Él. El deseo y la voluntad giran como una rueda, que es impulsada por el amor que mueve el cielo y

las estrellas. El infierno está hecho por la ausencia del amor de Dios y es esta ausencia el mayor castigo de aquellos que en la tierra prefirieron amar otras cosas que a Él.

El amor frecuentemente tórnase en odio. Algunas veces se ama y se odia un objeto al mismo tiempo; en otras el amor inspira odio cuando se ve amenazado, como en los celos. El amor parece ser la pasión original que genera a todas las demás. No obstante no todos los analistas del amor parecen coincidir con estos puntos de vista.

Hobbes, por ejemplo, le da la primacía al miedo y Spinoza al deseo, a la alegría o a la tristeza. Este último define el amor como una "alegría, asociada con una causa externa". Sin embargo, Spinoza como De Aquino y Freud hablan en sus libros más extensamente del amor y del odio que de ninguna de las de-

más pasiones. Hacen notar la importancia que tienen en cada vida humana las pasiones que contrarían el amor. Spinoza no considera, como De Aquino, que el amor sea la raíz de las demás pasiones. Piensa que el amor y el odio hacia un mismo objeto son "meras vacilaciones de la mente", y no trata, como Freud, de elaborar teorías complicadas sobre la ambivalencia emocional para explicar el porqué los más profundos sentimientos del hombre son una mezcla de amor y odio.

No existe en apariencia mayor felicidad que la que proporciona el amor. Pero también no hay miseria más profunda ni tristeza tan amarga, como la de los enamorados cuando son rechazados, despreciados o frustrados. ¿Pueden ser experimentados los placeres del amor sin sufrir las consecuencias que acarrea? ¿Es mejor amar y por consiguiente sufrir que no haber amado nunca? ¿Es más prudente no amar que amar alocadamente?

Estas preguntas parafrasean los soliloquios de los enamorados en las grandes tragicomedias de amor. En cada una de las loas que hace Shakespeare del amor, hay una amarga queja. "Todas las criaturas del mundo existen por amor y las que no lo tienen, mueren. Pero, ¡oh ciego y estúpido amor! ¿Qué es lo que haces a mis ojos, que hacen que vean lo que no existe?". El gran castillo del mundo está perdido, le dice Antonio a Cleopatra; hemos perdido en nuestros besos, reinos y provincias. No obstante Romeo le dice a Julieta: "Mi bondad es ilimitada como el océano y tan profundo como él, mi amor; mientras más amor te doy, más pasión siento ya que ambos son infinitos"

El amor es contradicción, es la única realidad y la gran ilusión, el generador de la vida y su consumidor. Es una divinidad que hay que temer cuando no se le propicia, sus pociones son veneno, sus dardos son flechas de destrucción. El amor es en sí mismo un objeto de amor y odio. El hombre se enamora del amor y lucha en contra de él. Virgilio nos dice: "Omnia Vincit Amor", el amor lo puede todo.

Refiriéndose a la amistad, Aristóteles nos dice que "este amor es una virtud y que es indispensable en la vida. Ya que sin amigos cualquiera preferiría morir, aunque tuviera todos los demás bienes... La amistad une a las naciones y los legisladores le dan más importancia que a la misma justicia. Cuando está fundamentada en la virtud, la amistad no necesita de la justicia ya que une a los hombres por la benevolencia y generosidad". El mismo autor insiste en que cuando los hombres son amigos no necesitan de la justicia. Sin embargo, no deja de considerar que hay otros tipos de amistad cimentados en la conveniencia, la utilidad o el placer más bien que sobre una mutua admiración de las virtudes. La amistad es virtuosa sólo cuando está regulada por la razón, la cual impide la violación del verdadero orden de los valores.

Tocante a la moralidad del amor, parece ser que esta pasión es la única que puede desafiar honorablemente a la moral, no que los moralistas excusen sus actos ilícitos, sino que en opinión de la humanidad, al menos como lo evidencian los poetas, el amor tiene ciertos privilegios. A diferencia de otras pasiones, que el hombre comparte con los animales, el amor humano es característico por ser una cosa espiritual pero también corporal. El hombre se convierte en cerdo cuando es glotón, en chacal cuando se acobarda, pero cuando su exceso emocional lo impulsa a obrar con devoción y sacrificio es incomparablemente humano. Es por esto que el amor es admirable a pesar de sus transgresiones. Los hombres parecen justificarse, poética si no moralmente, cuando obran por amor; como si estuvieran exentos de las leyes ordinarias, como si su amor fuera una ley por sí misma. El amor es la más excelsa ley que el hombre ha impuesto a los hombres.

Según Freud, el conflicto principal que hace la vida imposible para la mayor parte del género humano, es la pugna existente entre los impulsos eróticos y la moralidad. La represión de estos impulsos, impuesta por nuestra civilización, da origen a la actitud de rechazo de la realidad y

las neurosis. Ahora bien si no los reprimiéramos, el instinto erótico quebrantaría la elaborada estructura de nuestra civilización.

Para el teólogo este conflicto es insoluble, no en principio sino en la práctica. El hombre bueno, según San Agustín, no es aquel que conoce el bien sino el que lo ama y nos dice: "Dilige et quod vis fac", ama y haz lo que quieras.

Esta clase de amor, que más bien sería una ley por sí misma, sólo puede ser alcanzada por la gracia divina. Es este amor la virtud sobrenatural de la caridad, que según la teología cristiana es el medio por el cual el hombre participa del amor que Dios se tiene a sí mismo y a sus criaturas. En amar a Dios con toda el alma y corazón y al prójimo como a sí mismo se resume, según las enseñanzas de Cristo, toda la ley y los profetas.

En su *Tratado sobre la Caridad*, Santo Tomás considera que la resolución del conflicto entre el amor y la moralidad estriba en solucionar la pugna existente entre los diversos amores, teniendo como fin el perfeccionamiento del amor mismo. Esta diversidad parece ser la base del problema tanto para el teólogo como para el moralista o el psicólogo.

Este problema se acentúa si consideramos la necesidad que hay de diferenciar y relacionar el amor con el deseo. Algunos escritores utilizan la palabra amor y la palabra deseo recíprocamente, como lo hace Lucrecio, quien hablando de los placeres de Venus dice que "Cupido es el nombre latino del amor". Otros como Spinoza prefieren usar la palabra deseo para casos generales y amor para nombrar una clase especial de deseo. Algunos más por el contrario, usan la palabra amor generalmente y deseo para significar un aspecto del amor.

Como conclusión diremos que tanto el amor como el deseo pertenecen al apetito carnal, a la escala de las pasiones más bien que a las facultades de la percepción y el conocimiento. Cuando diferenciamos el amor del deseo, estableciéndolos como dos estados diferentes del apetito humano, no hacemos más que diferenciar su tendencia. La tenden-

cia del deseo es la posesión del objeto anhelado; la del amor puede satisfacerse con la contemplación de la belleza o la bondad del bien amado. Estas dos clases de amor aparecen siempre en los análisis de los diferentes amores, aunque con nombres diferentes, tales como amor concupiscible y amor fraternal, amistad basada en la virtud y amistad cimentada en el placer o la utilidad, amor humano y animal, sexualidad y ternura. Algunas veces se les asigna a diferentes facultades, por ejemplo: el deseo, al apetito sensitivo perteneciente a la esfera del instinto y la emoción, el amor de la amistad, a la voluntad o a la facultad del deseo intelectual, capaz, según Spinoza del amor intelectual de Dios.

Ya sea que se utilicen Eros, Philia y Agape en griego o Amor, Dilectio y Caritas en latín, consideremos las palabras de San Agustín, que nos dicen: "Las escrituras no hacen ninguna diferencia entre estas palabras, ya que el amor es común a todas ellas".

Tomado y traducido del libro
The Great Ideas

UN BREVE APUNTE SOBRE LA POESIA AMERICANA CONTEMPORANEA

por Emilio Saldarriaga García

Al hablar de una poesía americana actual es ya hablar, asimismo, de un lenguaje. ¿Podríamos decir que contamos con una poesía auténticamente de América? La respuesta es una sola palabra: Sí.

Pero hay que reconocer que aún quedan resacas prestadas del viejo mundo en la mayoría de los versos de nuestros poetas americanos, que necesitan sacudirse de estas innecesarias influencias. Si es que somos americanos, hay que darnos el baño completo, creador.

Aquí no vamos a consignar nombres de los conservadores de formas decadentes y caducas. Daremos únicamente unos cuantos nombres principales de los valores de nuestra poesía contemporánea de varios países de iberoamérica.

La poesía actual es más humana y llena de emoción social. Plena de vitalidad rebelde y cólera. Nace de la injusticia, haciendo una protesta revolucionaria. Es hecha hombre, es decir, pueblo.

De ahí que el poeta de hoy sea un creador; y el de nuestro pasado era un cantor. De ahí que el poeta de hoy sea un hombre-masa; y el de nuestro pasado era un soñador. El del pasado era un poeta de torre de marfil, y el actual es un lírida hecho pueblo. Porque la poesía es para hombres y no para señoritos rimadores.

Al decir "rimadores" no queremos decir que somos enemigos del clasicismo. Muy al contrario, también el poeta de hoy puede crear poesía en molde clásico, con forma nueva y renovada.

Ya lo confirman nuestros mayores poetas, que son los precursores que izaron la bandera de la poesía nueva en América: los uruguayos Juana de Ibarbourou, Julio

Herrera y Reissig, Delmira Agustini, Felisa Lissola, Luisa Luisi, Edgardo Ubaldo Genta, Angel Falco, Carlos Sabat Escarty, Manuel de Castro, Juvenal Ortiz, Sarelegui; los argentinos Leopoldo Lugones, Almafuerte, Alfonsina Storni, Ricardo Molinari; los chilenos Pablo Neruda, Pablo Rocka, Vicente Huidobro, Gabriela Mistral; los mexicanos Ramón López Velarde, Amado Nervo, Díaz Mirón, Alfonso Reyes, Carlos Pellicer, Juan de Dios Peza; los hondureños José Antonio Domínguez, Jacobo Cárcamo, Armando Zelaya; el nicaragüense Rubén Darío; los colombianos José Asunción Silva, Barba Jacob, Guillermo Valencia; el ecuatoriano José Joaquín Olmedo; los peruanos con el inmortal César Vallejo y José Santos Chocano, José María Eguren, Alberto Hidalgo, Magda Portal, Amalia Puga, Alberto Ureta; los cubanos José Martí, Agustín Acosta y Nicolás Guillén.

Los hemos llamado poetas mayores porque han sido los creadores primeros de nuestra poesía contemporánea. Así continúan las nuevas hornadas de jóvenes rompiendo los viejos cánones.

César Vallejo (el primer poeta más americano que español) creó, rompiendo los viejos moldes europeístas ya gastados por el constante uso de nuestros poetas en esa época. Por eso el autor de "Los Heraldos Negros", nos traía ese mensaje iberoamericano que necesitaban los pueblos de esta joven América. Y así le siguieron muchos otros líridas del continente. Por eso las generaciones actuales tienen una gran responsabilidad: continuar.

La misión del poeta de hoy es crear poesía, auténtica poesía, no sólo escribir líneas de versos rimados sin objeto.

En el continente americano es notable el florecimiento poético. Las tres Américas pueden sin reserva ninguna presentar a uno de sus poetas como candidato al galardón mundial de literatura: Premio Nobel.

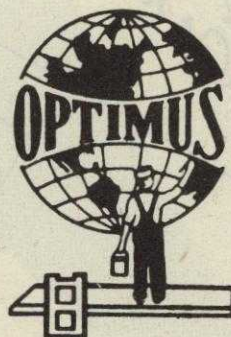
Sobresalen Dora Isella Russell, Reina Miers, Clara Silva, Mario Benedetti, Humberto Zarrilli, Héctor Silva Uranga, Luis Alberto Varela, Guillermo E. Zuasti, Arsinoe Moratorio, Marosa de Giorgio Médicis, Gladys Burci, Chita Romero, Estrella Genta, María Ofelia Huertas Olivera, Delia de Horta de Merello, Nelly Perino, Bernardo Quagliotti de Bellis en Uruguay; Victoria Ocampo, Luis Edgardo Massa, Julio Arístides, Mario Jorge de Dellis, Vicente P. Giorno, Nira Etchenique, Ariel Canzani D., en Argentina; Ileana Espinel, Jorge Carrera Andrade; David Ledesma Vázquez, Fernando Cazón Vera, Ana María Iza, Cristóbal Cevallos Larrea en Ecuador; Jean Aristeguieta, Dionisio Aymará, Luz Machado de Arnao, Rafael Angel Insausti en Venezuela; Carlos Rocka (hijo), Raquel Jodorowsky, Mahfud Massis, Eliana Godoy Godoy en Chile; Felipe Elvir Rojas, Oscar Acosta, Sosa, Raúl Gilberto Tróches en Honduras; Carlos Castro Saavedra en Colombia; Pura del Prado, Rafaela Chacón Nardi, Antonio Giraudier, Carlos Casanova, José Guerra Flórez, Angel N. Pou, Ana Núñez Machín en Cuba; Alí Chumacero, Rubén Bonifaz Nuño, Daniel Robles Sasso, Octavio Paz, Rosario Castellanos, Guadalupe Dueñas en México; Alfredo Cardona Peña en Costa Rica; Carlos Drummond de Andrade, Ulises Diniz en Brasil; Carlos Caballero Ferreira, Josefina Pla en Paraguay; Yolanda Bedregal en Bolivia; Alejandro Romualdo, Juan Gonzalo Rose, Julio Garrido Malaver, Cecilia Bustamante, Luis Nieto, Juan Luis Velázquez Guerrero, Sebastián Salazar Bondy, Antenor Samaniego, Nelly Fonseca Recavarren, Arturo Corcuera, Eugenio Buona, Blanca Varela, Lola Thorne, Mario Florián, Javier Sologuren, Gustavo Valcárcel, Francisco Bendeزú, Alberto Escobar, Luis Carnero Checa, Víctor Mazzi; Martín Adán, Elvira Ordóñez, Amparo Baluarte, Luis Yáñez, Manuel Scorza, María Eugenia González Olachea, Javier Heraud, Guillermo Carnero Hocke, Emilio Adolfo Westphalen en Perú.

Estos son los valores de las jóvenes promociones que han creado una raíz poética americana. Claro está que se nos escapan muchos nombres de otros poetas que están prestando honestos servicios en el concierto de la poesía de hoy y que son el fiel reflejo de sus poetas mayores.

Porque la poesía es creación, no inspiración. Es perfeccionamiento, no pasatiempo de billaristas. Poesía es belleza, técnica, tan importante la palabra. El poeta actual tiene que definir la personalidad de su poesía y no sólo rimar sensiblemente.

Debemos congratularnos de que nuestro continente iberoamericano cuente con sus propios poetas. Ya de uno u otro país han dado la clarinada de liberación poética —ahí queda como un ejemplo perenne para las posteriores generaciones—. Y del considerando de éstos depende el porvenir definitivo de nuestra poesía americana.

AHORA EN AEROSOL



PINTURAS OPTIMUS, S.A.

PINO No. 428 MEXICO 4, D.F.
TEL. 47-76-20 CON 10 LINEAS

LOS CONTEM- PORA- NEOS

Ariel CANZANI D. nació en Buenos Aires el 15 de octubre de 1928. Es Capitán de Ultramar de la Marina Mercante Argentina. Ha publicado 18 libros de poemas (sus tres últimos editados por Losada de Buenos Aires). Dirige en esa editorial la Colección "Cotidal" de poesía. Es Director además de la revista internacional de poesía "Cormorán y Delfín" que desde hace seis años aparece ininterrumpidamente. Es colaborador habitual de gran cantidad de diarios y revistas del mundo.

DOS POEMAS INEDITOS

GEOMETRIA

Círculos:

Necesidad de círculos.

Esferas.

Mejor esferas:

Necesidad de esferas.

Correr dentro de ellas.

Siempre correr

— hasta la muerte —

Y las malditas:

Imperturbables
esferas siempre.

EL GRITO

Algunas nubes
un solitario cormorán
olas plumizas
un tiburón hambriento
un silencio total

y luego el grito

el desgarrado grito
de mi seca garganta

destruyendo
la pretendida calma.

Océano Atlántico, febrero de 1969.

LOS CLASICOS

CRISTOBALINA FERNANDEZ DE ALARCON (1573-1646). Esta singular poetisa, clásica entre nuestros clásicos y que por ser mujer y no santa, como Teresa de Jesús, quien no siendo tan alabada y conocida como su poesía extraordinaria merece, es quien llenará, para honor de nuestra revista, hoy, esta página dedicada a los clásicos. Nació Cristobalina en la ciudad de Antequera, Málaga, España, y allí murió. No obstante haber transcurrido su vida en una pequeña ciudad de provincia su fama llegó a la corte y sus contemporáneos la llamaron con toda justicia "la dulce antequerana Clío". Lope de Vega también la alabó con gran entusiasmo en "El Laurel de Apolo". Espinosa la incluyó en sus "Flores de poetas ilustres". Casó dos veces. Fue madre de varios hijos. Y cuentan que su fascinante belleza física y espiritual inspiraron profundas pasiones a escritores y poetas ilustres de su tiempo, entre ellos a Pedro Espinosa, quien, al verse defraudado, se dedicó a la vida sacerdotal renunciando a la vida del mundo. Era una mujer muy culta, conocía a la perfección el griego y el latín. Su nombre figura en el "Catálogo de Autoridades del Idioma". Ganó numerosos premios literarios en su tiempo donde participaban las figuras más importantes de la época. Algunas de sus poesías figuran en los tomos de la Biblioteca de Autores Españoles.

CANCION

Cansados ojos míos,
ayudadme a llorar el mal que siento,
hechos corrientes ríos;
daréis algún alivio a mi tormento,
y al triste pensamiento
que tanto me atormenta
anegaréis con vuestra gran tormenta.

Llora el perdido gusto
que ya tuvo otro tiempo el alma mía,
y el eterno disgusto
en que vive muriendo noche y día;
que estando mi alegría
de vosotros ausente,
es justo que lloréis eternamente.

¡Que viva yo penando
por quien tanto de amarme se desdeña!
que cuando estoy llorando
haga tierna señal la dura peña,
y que a su zahareña
condición no la mueven
las tiernas lluvias que mis ojos llueven.

Sombras que en noche oscura
habitáis de la tierra el hondo centro,
decidme, ¿por ventura
igual a mi mal el de allá dentro?
Más, ¡ay!, que nunca encuentro
ni aun en el mismo infierno
tormento igual a mi tormento eterno.

¿Cuándo tendrá, alma mía,
la tenebrosa noche de su ausencia
fin, y en dichoso día
saldrá el alegre sol de tu presencia?
Mas ¿quién tendrá paciencia?
Que es la esperanza amarga
cuando el mal es prolijo y ella es larga.

Oh tú, sagrado Apolo,
que del alegre Oriente al triste Ocaso,
el uno y otro polo
del cielo vas midiendo paso a paso.
¿has descubierto acaso
desde tu sacra cumbre
el hemisferio a quien mi sol da lumbre?

Dirásle, si lo esconde
en sus dichosas faldas el aurora,
lo mal que corresponde
a aquesta alma cautiva, que le adora;
y como siempre mora
dentro del pecho mío,
tan abrasado cuanto el frío es frío.

Infierno de mis penas,
fiero verdugo de mis tiernos años,
que con fuertes cadenas
tienes el alma presa en tus engaños,
donde los desengaños,
aunque se ven tan ciertos,
cuando llegan al alma llegan muertos.

Yo viviré sin verte,
pensando si tú gustas que así viva,
o me daré la muerte,
si muerte pide tu crueldad esquiva;
bien puedes esa altiva,
frente ceñir de gloria,
que amor te ofrece cierta la victoria.

Tuyos son mis despojos,
adorna las paredes de tu templo;
que tus divinos ojos
vencedores del mundo los contemplo;
ellos serán ejemplo
de ingratitud interna,
como los míos de firmeza eterna.

¡Ay ojos! ¡quién os viera!
que no hubiera pasión tan inhumana
que no se suspendiera
con vista tan divina y soberana.
Quedara tan ufana,
que el pensamiento mío
cobrara nuevas fuerzas, nuevo brío.

Si amor que me transforma,
quitándome el pesado y triste velo,
me diera nueva forma,
volara, cual espíritu, a mi cielo,
y no abatiera el vuelo,
que yo rompiera entonces
de cualquier imposible duros bronce.

No estuviera seguro
el monte más excelso y levantado,
ni el más soberbio muro,
de ser por mis ardides escalado,
y a despecho del hado,
descendiera, por verte,
al reino oscuro de la oscura muerte.

Mil veces me imagino
gozando tu presencia, en dulce gloria,
y con gozo divino
renueva el alma su pasada historia;
que con esta memoria
se engaña el pensamiento,
y en parte se suspende el mal que siento.

Mas como luego veo
qu'es falsa imagen, que cual sombra huye,
aumentase el deseo,
y ansias mortales en mi pecho influye,
con que el vivir destruye;
que el amor en mil maneras
me da burlando el bien, y el mal de veras.

Canción, de aquí no pases,
cese tu triste canto;
que se deshace el alma en triste llanto.

RUBEN DARIO LETANIA DE NUESTRO SEÑOR DON QUIJOTE

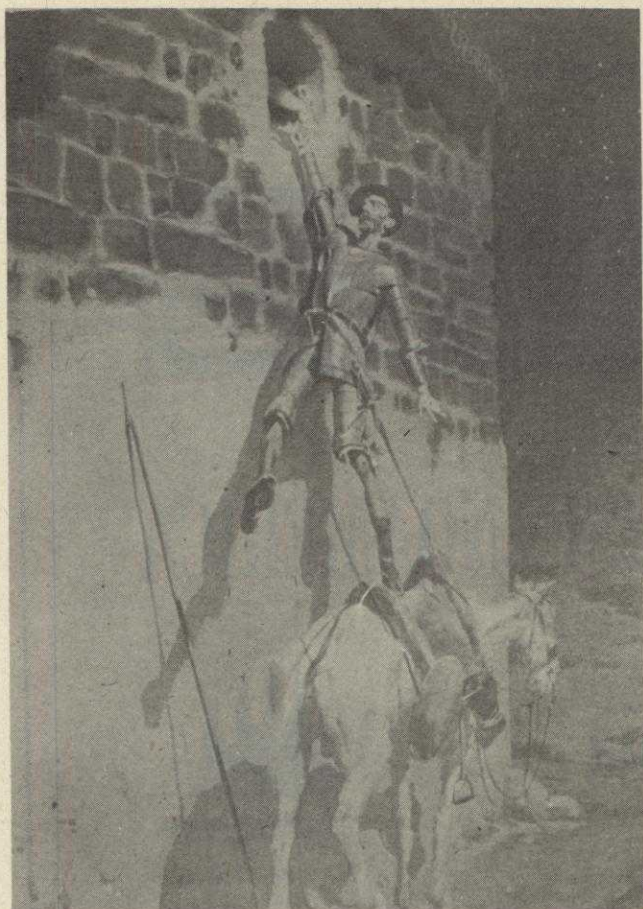
Rey de los hidalgos, señor de los tristes,
que de fuerza alientas y de ensueños vistes,
coronado de áureo yelmo de ilusión;
que nadie ha podido vencer todavía,
por la adarga al brazo, toda fantasía,
y la lanza en ristre, toda corazón.

Noble peregrino de los peregrinos,
que santificaste todos los caminos
con el paso augusto de tu heroicidad,
contra las certezas, contra las conciencias,
y contra las leyes y contra las ciencias,
contra la mentira, contra la verdad...

Caballero errante de los caballeros,
barón de varones, príncipe de fieros,
par entre los pares, maestro, ¡salud!
¡Salud, porque juzgo que hoy muy poca tienes,
entre los aplausos o entre los desdenes
y entre las coronas y los parabienes
y las tonterías de la multitud!

¡Tú, para quien pocas fueron las victorias
antiguas, y para quien clásicas glorias
serían apenas de ley y razón,
soportas elogios, memorias, discursos;
resistes certámenes, tarjetas, concursos
y, teniendo a Orfeo, tienes a Orfeón.





Escucha, divino Rolando del sueño,
a un enamorado de tu Clavileño,
y cuyo Pegaso relincha hacia ti;
escucha los versos de estas letanías
hechas con las cosas de todos los días
y con otras que en lo misterioso vi.

¡Ruega por nosotros, hambrientos de vida,
con el alma a tientas, con la fe perdida
llenos de congojas y faltos de sol,
por advenedizas almas de manga ancha
que ridiculizan el ser de la Mancha,
el ser generoso y el ser español!

¡Ruega por nosotros, que necesitamos
las mágicas rosas, los sublimes ramos
de laurel! Pro nobis ora, gran señor.
(Tiembra la floresta de laurel del mundo
y antes que tu hermano vago, Segismundo,
el pálido Hamlet te ofrece una flor.)

Ruega generoso, piadoso, orgulloso;
ruega casto, puro, celeste, animoso;
por nos intercede, suplica por nos,
pues casi estamos sin savia, sin brote,
sin alma, sin vida, sin luz, sin Quijote,
sin pies y sin alas, sin Sancho y sin Dios.

De tantas tristezas, de dolores tantos
de los superhombres de Nietzsche, de tantos
áfonos, recetas que firma un doctor,
de las epidemias, de horribles blasfemias
de las Academias,
¡libranos, señor!

De rudos malsines,
falsos paladines,
y espíritus finos y blandos y ruines,
del hampa que sacia
su canallocracia
con burlar la gloria, la vida, el honor,
del puñal con gracia,
¡libranos, señor!

Noble peregrino de los peregrinos,
que santificaste todos los caminos
con el paso augusto de tu heroicidad,
contra las certezas, contra las conciencias
y contra las leyes y contra las ciencias
contra la mentira, contra la verdad...

Ora por nosotros, señor de los tristes
que de fuerza alientas y de sueño vistes,
coronado de áureo yelmo de ilusión;
que nadie ha podido vencer todavía,

por la adarga al brazo, toda fantasía,
y la lanza en ristre, ¡toda corazón!





Miembros del Frente de Afirmación Hispanista, A. C., recordaron el 448 aniversario de la fundación de la ciudad de México.



EL SUICIDA

por Sergio Veraza

Lo había intentado muchas veces; somníferos, navajas, pólvora, ácido, asfixia en todas sus formas; sin embargo, seguía respirando igual al día aquel en que lo palmoteó el médico. Nunca se arrepentía. Los intentos, cuando menos, conseguían por uno o dos días su propósito; pero después todo era igual: anodino, aborrecible, lleno de una vulgar persistencia, era como despertar de un sueño sin fatiga a la espera de ese otro sueño diario, sueño de fuga, pesado, agotador. Siempre fue un incentivo para la terca costumbre aquel cuento de un amigo suyo, en el que la muerte amurallaba a sus víctimas rodeándolas de una tranquila y comprensiva soledad; también le gustaba aquel versillo de aroma medieval que no sabía si había inventado o leído; Canta la noche / canta la rana, / canta la muerte por la ventana.

De todas formas esos nimios justificantes literarios, adornaban, para él, aquella manía que ya casi se había convertido en deporte. Eso, eso era lo que más le entristecía, que no sólo él fuera consciente de la calidad deportiva que habían adquirido sus intentos de suicidio, también la gente anodina, aborrecible, vulgar, se había percatado de esa circunstancia. En realidad sentía poderosos deseos de matarse cuando oía la sarcástica pregunta: —¿A qué hora te suicidas?

Poco a poco le fueron destruyendo el medio publicitario que tenía para evidenciar su angustia, otro alguno no se le ocurría. Matarse definitivamente no probaría nada; la ausencia destruye la memoria y además él no se enteraría nunca de la efectividad de sus métodos. Trató de refugiarse en el amor, pero el amor siempre piensa en el amor y no comprende más allá, ni siquiera a los seres que lo originan; no obstante,

él siempre pretendió que su amante lo comprendiera; le platicaba, le sugería, le evidenciaba, todo era inútil, su amor sólo pensaba en el amor.

Después del fracaso sentimental intentó suicidarse una vez más y casi muere de disgusto al escuchar, entre sueños de anestesia, la incisiva risita del doctor.

Aquella noche yo lo miraba llorar desesperado; contra mi voluntad, sentí una ternura que desde la muerte de Adán no sentía, quizá me sedujo conocer su amor a la idea de la muerte, aunque no su amor hacia mí (había, tan hábilmente, logrado evitarme en todos sus frustrados intentos). . . Recuerdo muy bien que el viento se colaba por el hueco de mis ojos, la dentadura me dolía y salían de mis costillas leves sonidos como los producidos por una flauta. Quizá fue el viento helado lo que me hizo atravesar los vidrios de su ventana y penetrar en su estudio; el hacerme visible y el palidecer intenso de su tez morena al contemplarme fue todo uno, los ojos del fallido suicida se desorbitaron y sus manos crispadas quedaron inmóviles. Juro que ha sido la única vez que me he acercado a alguien sin intenciones profesionales y, sin embargo, casi consigo por la sorpresa lo que yo trataba de evitar por la ternura. Le di confianza, le pedí una frazada, me apoltroné en un sillón y ahuyenté su miedo.

Desde entonces lo escucho con agrado, no pestañeo, ni bostezo, siempre tengo la misma cara interesada, siempre con los huecos de mis ojos bien abiertos, atentos; incluso a veces siento, en el hueco de la pelvis, ciertas sensaciones indignas de mi experiencia.

Presiento que lo dejaré vivir mientras yo ande segando; me enamora su plática. No en balde soy mujer y él poeta.

ILUSTRACION DE ERNESTO LEHFELD



LA MADRE

por Claudio Borja

La madre abandonó el lecho, pues desde hacía horas que el sueño érale huido, y al sentir en los pies la frialdad del suelo un estremecimiento recorrió su cuerpo. Se agachó para calzar las alpargatas.

Insinuábase la amanecida y, en los lejanos corrales, los gallos picoteaban, estridentes, el fino cristal del alba. La casa estaba en silencio, que aún no era llegado el momento de despertar al hijo.

Anduvo con sigilo por el cuarto. Se vistió con falda y blusa negras y, pensativa, se sentó en una silla de anea. En lo alto, la bombilla eléctrica expandía amarillenta luz. La habitación señalaba hogar pobre, sí,

pero, olía a limpio. Las paredes aparecían pintadas de azul desvaído; sobre la cama de hierro, con remate niquelado, pegada con obleas, una estampa de la Virgen de los Desamparados. En un ángulo del dormitorio, la cómoda con espejo rectangular. Junto al lecho, la mesilla de noche.

El suelo era de baldosas blancas y grises —juego de damas, semejaba— y en la tarde anterior fueron celosamente aljofifadas.

La madre se levantó y fue a mirarse en el espejo. Aunque anciana, pues cumpliera ya los sesenta y siete años, tal vez la paz que anidara en su alma mantuviese henchida de

viveza la mirada de sus ojos azules. Claro es que el tiempo aró en su rostro, mas lo hizo suavemente, como hurtando el herir y eran, también, sonrosadas las mejillas y hasta el blanco cabello tenía suavidades de seda.

Abrió un cajón de la cómoda y, pausadamente, extrajo las ropas que horas después habría de vestir. Surgió de entre ellas el retrato del marido, muerto treinta años ha. Y con la cartulina en las manos tornó a la silla.

“¡Señor! ¡Señor!”, musitó.

Durante los seis lustros transcurridos, ¡cuántos avatares en su existencia!

Viuda con dos hijos: Rafael, seis años y Vicente, cuatro. Pero la soledad de su situación no le quebranta el ánimo. El modesto comercio que su esposo creara cubre, someramente, las necesidades de la truncada familia. Son momentos harto difíciles los que vive en aquel pueblito levantino. Tan es así, que las circunstancias adversas hacen mella en el débil organismo de Rafael, que enferma de los pulmones. La dolencia, prolongándose tiempo y tiempo, consume los parvos ahorros y acaba, también, con el pequeño comercio. Abandonan la casa y buscan refugio en una vieja barraca, ubicada en las afueras del pueblo. La madre, joven aún, entrega sus brazos a cualquier trabajo que la ofrezcan. En su casi ininterrumpido laborar, enhebra el día con la noche. Lucha desesperadamente por sacar adelante a sus dos hijos, que sólo a ellos tiene en este mundo. Y Dios le da fuerzas para sobrellevar su azacaneado vivir.

Por fin, una luz de esperanza se enciende en su corazón. La naturaleza de Rafael reacciona a los cuidados a que es sometida y la enfermedad es vencida.

En el escondido pueblo: calles estrechas, con las fachadas enjalbegadas; cielos de límpido azul; campo con la pincelada verde de su huerta; en aquel escondido pueblo blanco, la madre de Rafael y Vicente es un claro símbolo de amor maternal.

Pasan los años. Los hijos son ya mozos. Rafael, totalmente restablecido, desea saber de nuevos hori-

zontes y marcha a Barcelona, donde entrará a trabajar en una fábrica. La madre, consiente. Sólo desea que su hijo sea feliz.

Un día, dos años después, acompañada del hijo menor, toman el tren para asistir, en la ciudad condal, a la boda del primogénito. Cuando Rafael la estrecha entre sus brazos, piensa que es a aquella valerosa mujer, su madre, a quien dos veces debe la vida.

En el pueblo, la vieja barraca fue adquiriendo mejor acomodo, en virtud de las reformas a que la sometieran. El vivir de los dos seres que la habitan no es ya tan agobiante. La madre, en cuyo corazón jamás hubiera decaimiento —pues una fe inquebrantable la sostuvo siempre— empezaba a sentirse más afianzada, al comprobar cómo Vicente habíase convertido en un muchacho robusto y trabajador. Sus brazos de labrador nunca permanecían ociosos, que requeridos eran por alguno de los propietarios de tierras.

En las tardes dominicales, entregábase a ejercicios viriles. De uno a otro extremo de la calle, la pelota, disparada con el formidable impulso de su mano, era, en ocasiones, proyectil difícilmente contenido por su rival en el juego. Vicente cobraba fama entre la juventud del pueblo, pues, su saque despertaba admiración. Y él reía, con una risa sana, fresca, como de manantial. Gustaba, igualmente, de las competiciones natatorias y, alegremente, sumergía su cuerpo en las caudalosas aguas del Júcar.

Un clima de serenidad rodeaba a la madre. En la temporada de la vendimia, Vicente, emprendía viaje a tierras de Francia, enrolándose en las cuadrillas de campesinos que allí convergían, habiendo partido desde distintos puntos de la península.

Aparte de incrementar la ayuda a su madre, también llevárale a ello la idea de fomentar su futuro, pues un día habría de matrimoniarse.

Mas, tras haber realizado varias etapas, una tarde de otoño, en plena campaña de trabajo, Vicente, de súbito, sintió que sus fuerzas no respondían al mandato de su voluntad. Algo desconocido flaqueaba en él. La angustia le domina. Y a la noche,

cuando al abrigo de los barracones se recluye para darse al descanso, apenas si logra conciliar el sueño. Sin embargo, Vicente procura disimular ante los demás aquel insólito desfallecimiento que le aqueja. Y con férreo dominio sobre sí mismo, consigue dar cima a la campaña. Sus compañeros han ignorado cuanto de triste le aconteciera. A él le ilusiona el regreso, imagina que bajo el cielo de la patria quizá recobrara la salud.

Pero, no sucede como soñara. Días después de haberse reintegrado a las faenas del campo, ya en su pueblo, se recrudece la dolencia, que el médico señala de inquietante gravedad.

El lecho es tortura para el muchacho. Día a día acrece el sufrir, pues sus brazos yacen inertes. Ignora cuándo podrá acudir a la llamada de la tierra. Y Vicente, en la soledad de su dormitorio, cree “escuchar” la “voz vegetal” de los campos, pero no le es posible ponerse en pie.

Su cuerpo pesa como si de plomo fuese. Y, de nuevo, la madre, con su irreductible espíritu, reanuda su lucha con la vida.

“¡No me abandones, Señor, y dame Tu ayuda!”

Y la gente del pueblo conoce, una vez más, el dolor de aquella mujer, que en su ancianidad emprende, con el ánimo enhiesto, un camino de amargura y sacrificio. Pero, en sus labios siempre hay una sonrisa de bondad, pues su corazón no sabe de flaquezas.

El río del vivir se lleva los meses y Vicente continúa postrado en el lecho.

Sabiéndose impotente para el trabajo, sus ojos se llenan de lágrimas y la madre le pasa la mano por los cabellos en dulce caricia. “¿Madre, qué puedo hacer?” Ella, aunque acongojada, contiene su llanto, que él no debe verla llorar.

(“Hace años supe de un trance tan doloroso como el que ahora vivo y Dios me concedió fuerzas para vencerlo. Tampoco diré nada a Rafael, que tiene mujer y un hijo que cuidar.”)

Vicente, con voz feble, dice: “¡Madre, madre, cuánto te hago sufrir! ¡De casa en casa vas lavando ropa, fregando suelos y yo nada puedo hacer por ti! Soy como un niño, mis

brazos están muertos, como mis manos y tú me das los alimentos como cuando era pequeño” “¡No digas eso, hijo mío, no digas eso! ¡Curarás!” La madre le besa la frente sudorosa y le prodiga palabras de consuelo. Y es que a pesar de todas sus angustias, su alma se halla henchida de serenidad porque la fe en el ser humano es llama jamás extinguida. Jesús, dijo: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo”. ¡Y cómo la madre ama aquella carne de su carne! ¡Carne doliente, arrancada de la cantera de sus entrañas!

“¡No debo dejarme abatir, Señor, mi hijo necesita de mí!”

Tiempo y tiempo de duro trabajar para allegarse los dineros con que atender al enfermo y también al mantenimiento del hogar.

La madre, en la soledad de su dormitorio, medita, recuerda, sueña:

(“¡Qué importa que no puedas valerte por ti mismo, si me tienes a mí!”

¡Cuánto me conforta verte a mi lado! ¡Qué más puedo desear! Aunque enfermo, aunque inmovilizado en el lecho, te veo, te hablo, te beso, ¡te tengo vivo! Dicen que hay guerras en el mundo, que hombres jóvenes —como tú— mueren en países exóticos; que hay madres que no recibirán el último beso del hijo porque habrá muerto lejos de ellas. Pero, yo —gracias, Dios mío— gozo de tu compañía, te arropo con mis viejas manos, cuido de ti y oigo tu voz llamándome: madre. Trabajo, sí, trabajo para ti, para que nada te falte, y a mis sesenta y siete años, todavía soy una mujer fuerte y cumplo mi misión sin desfallecimientos. Dos largos años desde que, vencido, caíste en el lecho, y yo, sólo yo, he luchado por salvar tu vida. Todo esto resuena dentro de mi ser, pero no quiero que lo escuches, sólo quiero, eso sí, que no veas lágrimas en mis ojos, para no aumentar tus sufrimientos.”)

La madre deposita, sobre el mármol de la cómoda, el retrato de su difunto marido. Luego, lentamente, sale del dormitorio. Abre de par en par las puertas de la calle y sus ojos reciben, gozosos, la luz del nuevo día...

CUENTO

ZOPILOTES

por
Miguel
de
Aguilar
Merlo

"Que me abran la cabeza. Que me la abran. Que me saquen esta gusanera de pensamientos que me corroe. Gusanos de todos los colores. Sin uniformidad. Sin monotonía. Gusanos salvajemente sin unidad. Que los saquen. Que las aves del cielo, con sus círculos, bajen y se los coman. Un pensamiento azul pasa por mi ojo y come de mi retina. Un pensamiento verde se sacia de mi oído. Que me saquen la gusanera que me diferencia de la masa sin alma que me rodea. Aunque ya sea tarde. Que me la abran."

Tío Dionisio, indiferente, corta trozos de pepino. Parsimoniosamente. Con filigrana. Trozos con pepitas. Tro-

zos sin ellas. Almuerzo abundante en pepino, que el hambre, con el sol, no se disminuye, a pesar de los sudores. Caen uno a uno, en pirueta, sobre el vaso de vino. Y salpican como un insulto sobre la barba negra del albañil. Sin prisas van cayendo como jirones de su vida. Recordándole a tío Dionisio que los hombres de su barrio sólo conocen dos destinos: De vivos, trabajar. De muertos, que les rajasen la tripa. Y la cabeza. Y el pecho. Aunque después los dejaran muy bien cosidos y parecieran los mismos que trabajaron toda su vida. Y por eso no comprendía al forastero ni su afán en la búsqueda.

—¿Un muerto?

Le mira atentamente. Los ojillos danzan en su cara. Haciendo guiños a su barba descuidada. Y no miran a ningún lado. Tío Dionisio ha vivido mucho. Supone que una persona bien vestida, en aquellos barrios, no puede ser más que un policía. Tío Dionisio desconfía. El método le ha dado buen resultado en la vida. Más si preguntan por un cadáver.

"Cómo me miran esas aves. Tan negras. Y siempre en círculos. Parece que tienen un poderoso olfato. Y que yo soy todo olor. Verde, color esperanza. Azul, color de pureza. Pensamientos y más pensamientos aullándome en la soledad".

—¿Pero..., un muerto?

El sol juega en la calva del forastero. Un rayo hace una zancadilla y abre un arroyo de sudor. Saltando por las pompas de grasa de la calva. Como un huevo lleno de aceite. Tío Dionisio no ha visto nunca un policía calvo, pero hasta esa calva tan sudorosa y grasienta le hace desconfiar. El ha vivido mucho.

—No sé. Por aquí no huele.

El forastero hace un garabato y sigue su camino. Tres horas largas que llegó a aquel barrio ignorado a levantar un cadáver. Nada más estiércol y sol. Niños mirando entre las latas. Niños color de lata vieja. Cuevas. En alguna ha fallecido un hombre. Como si la muerte no fuera una cosa sencilla que nadie tiene derecho a complicar. Sobre todo en el Registro. El forastero no sabe cómo se puede esconder tantas horas un cadáver sin que nadie sepa nada.

—¿A quién buscan? ¿Quién es?

Antonio el Rizos y la Mimí del Barrio pasaban del brazo. Haciendo piernas bajo el sol, y dándole a la lengua. Lo de siempre. Que si tú, que si yo. Y no ponerse de acuerdo. El Rizos se resistía. Y tío Dionisio intuyó algo de dinero. Lo de siempre. Pero Antonio el Rizos se las mantenía muy tiesas. Siempre alegaba lo mismo. No era la Banca Morgan. Allí, en el barrio, todo por la cara. Por ahora el Rizos no estaba dispuesto a suprimir sus aperitivos y sus juergas.

Tío Dionisio mira profundamente al señor Ramírez. El bodeguero puede tener mal vino, pero de él no se puede desconfiar, como de una persona bien vestida, que siempre tiene segunda intención, y más si porta cierta calva, grasienta y sudorosa, y busca un muerto.

—Policía tenemos otra vez.

"Cada vez está más duro este lecho. Siento la madera crujiir quemada por el sol. Pero no me sacan esta gusanera de pensamientos. Condenado por siempre a razonar todo. A verlo diferente que los que me rodean. A buscar la verdad y a no dejarme llevar. El único del barrio que tiene una gusanera. Y no me la sacan. Y no me abren la cabeza".

Y no hay más filosofía que la de la policía para tío Dionisio. Sólo trabajo y policía. Verdad que hay ladrones y gitanos en el barrio. Pero también hay bodegueros y personas que toman apaciblemente su almuerzo de vino con pepino a la sombra de la tasca. Sólo distingue entre trabajo y policía. Sobra todo lo que no es esto. Lo demás es un cero a la izquierda que tío Dionisio sabe que tiene menos valor que un vaso de vino aguado, o que un pepino que pique.

El forastero sigue sudando. Suspira, aprieta la boca, y sigue pensando que allí da lo mismo que se mueran o que vivan. Bueno, no para él que en el Registro siempre le estaban mandando con averiguaciones. Papeles y más papeles. Como si tuviera la más mínima importancia que en la nación hubiera un habitante más o menos. Como si el sudor suyo no valiera más que la mala presencia de un cadáver que jugaba a esconderse. Que todos escondían. Como si fuera de ellos.

En la cueva un muerto. Con los ojos abiertos, vi-

driosos, sonriendo al cielo azul que penetra por el ventanuco. Sonriendo a todo y a nada. Sonriendo a una vida que se ha marchado por fin. Igual que llegó. Como una pirueta. Como una broma. Una vida que le ha llevado y traído. Que le ha hecho ser un mero espectador de todo. De la riqueza de unos. De la desesperanza de los más. De la envidia y de las zancadillas. Un muerto ya comprende esto. Y razona con más tranquilidad. Ya es verdaderamente espectador. Y ya la sangre no se le inflama cuando discute la injusticia. Ya va comprendiéndolo todo. Y le divierte la pirueta. Ya empieza a sacar el sabor verdadero a los revoltosos, a los círculos de zopilotes. Y le gusta verles a través del ventanuco, oliendo su carne violácea llena de llagas. Le agrada, cada vez le agrada más, los finos círculos que van marcando sobre su vida y su muerte, como poniéndole límite y fin, contemplándole como se debe ver a un hombre. Solitario. Con su verdad a solas. Sin falsas compañías. Sólo. Donde no le pueda ver el Hombre-Registro. El forastero sudoroso que va buscando un cadáver, uno menos de la nación que ya no cuenta, que ya no piensa.

"Que me abran la cabeza. Que me la abran. Que me saquen esta gusanera de pensamientos que me corroe. Que me besen con sus picos los zopilotes la retina y el oído. Que me arranquen ambos sumergidos en la gusanera. Quiero desaparecer en alas del viento, aullándole a la injusticia"

